
Reinventando el 68 francés

N. Casullo, *París 68, Las escrituras, el recuerdo y el olvido*, Buenos Aires, Manantial, 1998.

Ángel Sermeño

Evaluar objetivamente el significado y las secuelas de las revueltas estudiantiles del 68 (París, San Francisco, ciudad de México, Praga y Saigón) treinta años después y, naturalmente, desde la perspectiva de hoy es, sin duda, una tarea de sumo interés, de relativa dificultad y de evidente importancia. En efecto, las transformaciones experimentadas por las sociedades contemporáneas hacen del imaginario prometético, contestatario y reivindicativo del 68 parte de un pasado todavía reciente, sobre todo en su melancolía, pero quizá ya irrecuperable para un mundo que se afirma desde un sofisticado horizonte posrevolucionario, pospolítico, poseideológico, posilusorio y posmoderno.

No puede ser para menos. Aquel osado ejercicio estudiantil dirigido a imaginar de forma radical un mundo diferente y que creía firmemente en la viabilidad de su transformación total se nos presenta hoy, desde nuestro marcado escepticismo de época, como un exceso desmesurado e

ingenuo por no decir grotesco. Y, sin embargo, algo queda siempre. El repensar el 68 bien puede ayudarnos a descubrir que lo mejor de nuestro presente, una cierta sensibilidad determinante en el modo de entender y de vivir nuestro mundo, es deudora directa de "aquel tiempo prodigioso en el que, por última vez, todo fue posible".

Nicolás Casullo, en el texto que ahora reseñamos, asume plena y conscientemente este reto. Para hablar de ese tiempo mítico (que es ya artículo de enciclopedia o de libro de texto) concentra su reflexión en el corazón de dicha sublevación festiva y fallida a la vez: el mayo francés. Construye su interpretación, como testigo involuntario que fue, advirtiendo de entrada que su relato supone en cierto sentido la reinención de una historia. Claro que no de aquella que nunca existió sino de aquella otra que da coherencia a los hechos del pasado y reconstituye, a través de la escritura, el significado de esa visión del mundo que forjó la matriz del 68.

Casullo se inclina, en consecuencia, por una interpretación semiótica del 68 parisino. Destaca, más allá de las características trincheras y la guerra de adoquines o de gases lacrimógenos que sirvieron de marco a la revolución cultural, el componente de producción teórica del movimiento; de "explicación inexplicable", como nos dice. De hecho, sostiene el autor, la peculiaridad del 68

francés radicó en el predominio de figuras ensayísticas consagratorias (Sartre, Barthes, Marcuse, Foucault) que desplegaron el movimiento también en el terreno de la historia de las ideas.

En esta perspectiva, el mayo francés puede ser interpretado como una "escritura relampagueante y destituyente" que a través de la "palabra salvaje y furiosa" rompió los símbolos caducos y desenmascaró las retóricas autocomplacientes (Barthes). Se trató, entonces, de un movimiento que quiso afirmar la capacidad de invención de la palabra. De ver a la palabra como acción, como transformación del mundo y de ver a la revolución también como un litigio lingüístico estructurante de imágenes liberadoras.

Los componentes creativos, colectivos, antiautoritarios, antirrepresivos y humanistas de la revolución cultural estaban dirigidos, por tanto, en contra de un doble objetivo: la técnica civilizatoria capitalista (Sartre) y la vieja cultura de izquierda incapaz de romper contra esa misma lógica civilizatoria impuesta por el mundo burgués (Marcuse y Foucault). Es decir, realizadas las respectivas distinciones y precisiones, los intelectuales citados construyeron o inspiraron un discurso político-filosófico destinado a poner en cuestión los poderes opresivos del capitalismo desde maneras y lecturas diferentes a las sacralizadas, totalizantes e impotentes

concepciones del marxismo. Se trató, en consecuencia de un discurso que avaló la práctica política de los estudiantes que decretaron la obsolescencia de un socialismo real, burocrático y sin libertades.

Por lo dicho, el mayo francés —y en realidad el movimiento del 68 en su conjunto— puede ser comprendido, desde una perspectiva aún más incluyente, como una suerte de fuga civilizatoria hacia adelante. Una fuga, por lo demás, imposible. Ciertamente, la agenda del imaginario político-cultural del 68 contenía en sí misma tanto la radicalización del discurso de la modernidad, manifestada por ejemplo en el componente libertario del movimiento, como la prueba histórica de su propia extenuación la cual quedaba reflejada inequívocamente en el contundente rechazo de la idea de progreso y en la afirmación de la relativización y fragmentación del mundo.

Ahora bien, no resulta ocioso destacar que, en opinión del autor, la respuesta a la pregunta por el qué fue últimamente el 68 radica, justamente, en este agotamiento de la modernidad no presentado por sus protagonistas. En cambio, la pregunta a cuál ha sido la herencia de dicho movimiento es, incluso ahora, susceptible de recibir varias respuestas. Ello es así en virtud no sólo del hecho de que existieron varios 68 sino, además, porque el post 68 se transmutó en distintas y sinuosas tendencias

que evolucionaron de manera dispar a lo largo de las siguientes tres décadas.

En efecto, en los años setenta destaca la gestación de un "vanguardismo leninista radicalizado". Sobresale, en tal sentido, el esfuerzo, en el plano teórico, de autores como Althusser por construir una visión alternativa al marxismo dogmático, pero todavía dentro de una clara línea de respeto a la ortodoxia; y, en el plano político, la configuración de un modelo voluntarista y vanguardista de lucha violenta en pos de la expropiación del poder del Estado capitalista. Como ahora sabemos, estas y otras nuevas izquierdas de la época fracasarán finalmente en ese empeño por "acabar con el poder y las hegemonías decisivas del capitalismo en la historia".

La década de los ochenta, por su parte, se perfilará con mayor claridad como la legítima albacea del legado testamentario del 68. Distintas corrientes de acción política, mucho más fieles y consecuentes con el espíritu libertario del 68, se afirman en dicho periodo logrando consolidarse y extenderse inclusive a lo largo de toda la década presente. Surgen así las corrientes autónomas, autogestionarias, alternativas de las nuevas prácticas culturales, políticas y sociales. Asimismo, se revaloriza el tema de la democracia y de lo democrático en sus distintos planos. Se afirma también la autonomía de la

política con nuevos temas y sujetos que rompen tanto con la política de las anquilosadas democracias institucionales así como con las lecturas deterministas y vejatorias de las antiguas teorías de izquierda. Se descubren al fin los "otros oprimidos" de manera que el obrero y el ciudadano dejan de ser considerados de manera abstracta y se reflexiona en torno a la naturaleza de los "nuevos proletarios". Se afirman también formas de acción política directas y no violentas mientras que, por otra parte, se reconocen las necesidades de un sujeto social masificado que lucha con desesperación por el respeto de su individualidad. En fin, se reconoce el surgimiento de nuevos temas, espacios y protagonistas sociales en algo que se asume como un "tiempo cultural inédito".

Lo anterior contrasta, ciertamente, con la inexistencia de un sujeto revolucionario, el descrédito en el que han caído la utopías liberadoras, el distanciamiento y la insolidaridad de los intelectuales frente a la clase obrera y el debilitamiento de los métodos de movilización política como instrumento ideal de presión.

Con todo, no cabe duda que un balance objetivo del legado del 68 acaba siendo más positivo que negativo. Por tanto, el 68 no representa una "fecha inerte", un "ritual estéril" o un "festejo de la desilusión". En cambio constituye, según opina el autor, una

importante "reserva narrativa" con un instrumental un tanto desgastado pero aún eficaz para hacer frente a un horizonte cultural posmoderno. En una palabra, recuperar el 68 ahora es verdaderamente imposible desde la realización de su programa originario. Aunque, en contrapartida, sí es necesario y posible recuperarlo desde su espíritu reivindicativo que, entre otras tareas y retos, insiste en plantear el asumir el desafío de concretar el salto hacia un nivel cualitativamente nuevo de civilización.

En resumen, el texto que hemos presentado en sus líneas argumentales básicas es sumamente recomendable. No sólo por su amenidad y frescura, virtudes nada despreciables, sino sobre todo por la provocación o invitación que en sí mismo contiene y que nos estimula a reflexionar sobre las tensiones

siempre actuales entre, por una parte, las esperanzas e ideales humanistas y, por otra, la lógica férrea de un capitalismo irracional, pero en apariencia omnipotente. En efecto, quizá para Francia —y la vieja Europa en su conjunto— el ideal del 68 sea totalmente irrecuperable y, en consecuencia, fuente de melancolía. Para México, en cambio, el expediente del 68 —a pesar de la implacable distancia— continúa siendo una herida abierta y una cuestión pendiente. Ello no sólo en la todavía exigida reivindicación de justicia para los masacrados en Tlatelolco sino, además, en el resto de ámbitos del reclamo estudiantil; a saber: en la necesidad de conquistar un mayor nivel de justicia económica, de democracia política, de libertad individual, hasta aquellos otros planos más simbólicos de afirmación de la tolerancia familiar y moral.